

Ruiz de Galarreta... Quizá, por ello, zumbón como era cuando le venía en gana, pueda perdonar este homenaje en la casa de un enemigo que es también el de quien esto escribe.

Miguel AYUSO

AGOSTINO SANFRATELLO (1938-2024)

Quodquod recipitur ad modum recipientis recipitur. De manera que, para hablar de mis recuerdos de Agostino Sanfratello, debo comenzar por referirme al ambiente en el seno del cual lo conocí.

El mundo en que me formé fue el del tradicionalismo español, cuyo eje fue siempre el Carlismo, y en el que la iniciativa cultural más importante desde los años sesenta del siglo pasado fue la Ciudad Católica. Ésta procedía de Francia y había reunido a los carlistas con otros monárquicos de obediencia dinástica liberal pero de doctrina antiliberal, en una paradoja a la que no era ajena Maurras. No tanto la sustancia como la metodología de Maurras.

Aunque en algunos de aquellos años de la transición política producida antes de la muerte del General Franco, pero completada tras ésta, se dieran algunas colaboraciones individuales, el mundo conservador se hallaba en España perfectamente separado del tradicionalismo. Para empezar, tanto el Carlismo como la Ciudad Católica no tenían la menor simpatía por el régimen de Franco, marcado en sus últimos decenios por un liberalismo de corte tecnocrático, después de otros fascizantes. Como tampoco la tenían por sus epígonos, de manera que con Blas Piñar, por ejemplo, la colaboración se reducía a un común combate contra el progresismo religioso. Con Gonzalo Fernández de la Mora, también por ejemplo, las relaciones fueron siempre complejas. Y con Manuel Fraga casi inexistentes. Repárese en que los ejemplos escogidos cubren gran parte del campo del conservadurismo. Piñar era un dirigente de la Acción Católica pacelliana adorador de Franco y de José Antonio Primo de Rivera. Es decir, una mezcla de clericalismo conservador y romanticismo fascista, muy poco interesante desde el punto de vista del pensamiento político. A diferencia de los otros dos nombres mencionados Piñar no fue ministro de Franco. Gonzalo Fernández de la Mora fue un pensador mucho más agudo, pero en buena medida heterodoxo. Consideraba que tras la restauración monárquica liberal y el Concilio Vaticano II el pensamiento tradicional no tenía espacio y que se trataba de relanzar un racionalismo laico de tipo conservador, liberal pero no democrático, esto es, tecnocrático. Fraga, finalmente, hombre de saberes caudalosos pero poco articulados, fue a la larga el políticamente más exitoso. Pero no demasiado. Comprendió que para alcanzar una «mayoría

natural» había que iniciar un viaje hacia el centro. Y terminó, a su pesar, por debilitar los elementos conservadores en su fusión con los de origen liberal y demo-cristiano.

El Carlismo era un mundo doctrinalmente riguroso, pero sociológicamente abierto. Es normal, pues significaba la España tradicional bajo las banderas de un rey legítimo. Lo contrario de una secta. También la Ciudad Católica, que ni siquiera era una asociación sino un grupo de amigos que giraban en torno de una revista, *Verbo*, donde las colaboraciones eran muy coherentes y sin embargo variadas.

De ahí que cuando empecé a tener relaciones con grupos de la península italiana las afronté, naturalmente, desde ese punto de vista que era el mío. Como si fuese igual aquí que allí. Pronto me di cuenta, sin embargo, de que no existía un tradicionalismo como el español. Las derivas sectarias eran muy patentes. También una gran mezcolanza de ideas y actitudes. Por no hablar de las debilidades hacia el fascismo, en general semejante a la Falange... ¡Pero nosotros apenas teníamos relaciones con la Falange! Me costó tiempo darme cuenta. Y más aún discernir. Pero, poco a poco fui aprendiendo.

Para empezar, entendí el fracaso del profesor Elías de Tejada. Aunque él tuviera algo de culpa en la elección de ciertas compañías, me parece que lo que más pesaba era el panorama tan distinto. Con todo, algunas de ellas, particularmente en el viejo Reino de Nápoles, terminaban por ser sanas en su sustancia por más que confusionarias en la superficie. Otras personas con las que contactó estaban integrándose a la sazón en un grupo llamado a tener peso futuro con un signo que el tiempo fue haciendo ver más como conservador que tradicionalista, o incluso como verdaderamente conservador y no tradicionalista. Pero Elías de Tejada murió en los años setenta. De manera que, cuando en los ochenta empecé a frecuentar el mundo italiano, comencé por conservar sus viejas amistades, si bien algunas se fueron difuminando y otras se interrumpieron. También adquirí otras, más aireadas y limpias, con las que he realizado un trabajo de gran intensidad. Y, paralelamente, algunas personas que desde el principio mostraron interés por el Carlismo.

A Agostino Sanfratello lo conocí ya espíritu libre. Probablemente lo fue siempre y por eso hubo de dejar en el camino algunas asociaciones, al tiempo que optó por no integrarse en otras. Me admiró su nobleza y generosidad. También el punto de romanticismo que le adornaba y no dejó de jugarle alguna mala pasada.

Los primeros contactos se remontan a la guerra del Líbano. Tuvo la idea de atraer la atención del mundo católico a través de la celebración de una reunión de líderes tradicionalistas que celebraran la Navidad juntos en Beirut. Ha-

blamos por teléfono en varias ocasiones y, finalmente, como a veces le ocurrió, desapareció. Nunca supe más y pienso que no se llevaría a cabo la empresa. Años después volvimos a vernos con frecuencia durante el período en que creó la asociación *Logos Polis Consortium*. Se trataba de un consorcio entre empresas, universidad y centros de investigación europeos, con socios en buena parte procedentes de Nápoles. Quería Agostino acceder a fondos de formación de la Unión Europea que permitieran una actividad apostólica de las ideas católicas tradicionales y un reclutamiento de jóvenes al servicio de las mismas. Vino a verme a Madrid varias veces y organicé para él una serie de seminarios que me pidió. La cosa desgraciadamente no funcionó. O, por lo menos, no funcionó como esperaba Agostino. Se volvió a concentrar entonces en la Universidad, trasladándose desde La Sapienza de Roma a la Universidad de Teramo. Fue un motivo de múltiples comunicaciones y algún encuentro. Me pidió los últimos libros de Juan Vallet de Goytisoló, algunos de los cuales le hice llegar. Y le ayudé cuanto pude en su deseo de ascender en la carrera universitaria, pese a estar yo íntimamente convencido de la inutilidad del empeño, no por falta de cualidades intelectuales, sino a causa de los cambios de la Universidad, que dificultaban volver a emprender una carrera truncada a causa de sus múltiples apostolados. En ocasión del congreso organizado por La Sapienza en 1995 sobre Augusto Del Noce, del que había sido discípulo, tuvimos un gratísimo encuentro romano, con Danilo Castellano, que me hizo entender muchas cosas. Y, para terminar, nuestros encuentros con Pieter Huys, amigo común flamenco, que puso en marcha un proyecto de reflexión política y geopolítica. Las reuniones eran sólo por invitación. Recuerdo, en particular, una en Brujas el 2002, donde Agostino fue con Jacqueline. Esperábamos que las mismas pudieran convertirse en regulares, pero Pieter murió tempranamente y sin su mecenazgo no pudieron continuar.

A lo largo de todas esos proyectos y encuentros se me fue perfilando la figura singular de alguien inteligente, culto y valiente. De alguien libre. Libre de los clichés del anti-comunismo, que ha solido ser uno de los cánceres de algunos sedicentes tradicionalistas italianos (y no sólo). Libre también de compromisos con organizaciones estructuralmente cuando no sustancialmente secretarias. Libre finalmente de dependencias con poderes políticos y económicos foráneos, singularmente estadounidenses.

Requiescat in pace.

Miguel AYUSO